

LA PREGUNTA DEL GRIAL

En los años 70 del pasado siglo Joseph Beuys declaró: *“todo el mundo es un artista”*. En 2021, ese sueño majestuoso se ha convertido en una grotesca pesadilla.

Los museos y salas de exposiciones están abarrotados de horrores que el propio personal de limpieza de esas instalaciones confunde con basura; los teatros producen y programan más que nunca, porque todo el mundo es actor y cantante y bailarín y director y dramaturgo, pero son mayoría las obras que apenas se ven un fin de semana y quedan olvidadas a los cinco minutos de estrenarse. La fotografía ha dejado de ser un arte respetado: cualquier cretino se considera fotógrafo porque tiene una cámara incorporada en el móvil y sube muchas imágenes a sus redes sociales. Sucede igual con la ilustración: los programas de ordenador proporcionan figuritas ya precocinadas a la legión de *soi-disant* diseñadores que pulula por ahí. Hay cientos de canales de televisión que a su vez programan incontables ficciones. Todas ellas, sin excepción, se nos venden como “la nueva obra maestra de las teleseries”. ¡Nunca, en la historia, hubo tantas obras maestras de todo al mismo tiempo! Pero es que la hipérbole es la figura retórica favorita de los tiempos que corren. Véase el éxito de los *talent shows* con su repulsiva combinación de sentimentalismo, populismo de la más baja estofa y vulgaridad.

Se nos exige el respeto, y hasta el aplauso, a este revoltijo infame porque viene envuelto en el papel de regalo de la Cultura, esa grandísima Impostora, y en el “derecho” de cada cual a “expresarse libremente”. ¡Es la “democratización” del arte! Pero no hay nada peor que mentirse a uno mismo: todo esto sólo es el triunfo de la infame sociedad del Yo. En un mundo donde hasta las ideas más nobles y las emociones más íntimas han quedado reducidas a productos de consumo, donde la verdad no

importa porque ha sido suplantada por la Opinión, la “producción artística” no es sino el enloquecido escaparate de los egos desatados. Lo importante es “hacer cosas”, no que los demás tengan el más mínimo interés en verlas.

Por supuesto, Beuys no se refería a nada ni remotamente parecido. Él entendía perfectamente que el término arte no se refiere a oficios concretos, sino a una actitud ante la vida. Hay actores, músicos, pintores que ni son artistas ni lo serán jamás; por el contrario hay camareros, barrenderos, taxistas, que son la esencia misma del arte.

En última instancia la inquietud de un artista, sea cual sea su arte, puede reducirse a una pregunta esencial, aquella que Parsifal formuló al llegar al castillo del Grial: “¿A quién sirve?” En el caso de la dramaturgia, ¿qué escribimos y para qué? ¿Qué significa ser dramaturgo a estas alturas del siglo XXI? ¿De verdad tenemos algo que decir o es que simplemente no sabemos estar callados y escuchar a los demás? ¿Dialogamos con el espectador o le imponemos una homilía? ¿A quién servimos?

Ignacio García May